

condes y reyes sus antecesores, los alivió del bovage y los relevó del odioso impuesto de la sal. En recompensa y agradecimiento le ofrecieron un apoyo eficaz para la guerra de Francia, y hasta el clero, no obstante estar el papa en contra de su soberano, puso á su disposicion las rentas de la Iglesia. Mas como los aragoneses vieran que el rey diferia repararles los agravios, y sospecharan que intentaba emplear el ejército catalan contra los de la Union, enviáronle á decir en cuanto á lo primero, que hasta que lo cumpliera no esperara que fuesen en su servicio y en cuanto á lo segundo, que no permitirian de modo alguno que gente estrangera pisara el suelo aragonés, para lo cual se favorecerian de quien pudiesen; y para mas asegurarse los de la Union, procedieron á ajustar por sí y como de poder á poder treguas con los navarros. No se vió en parte alguna ni nobleza mas altiva, ni pueblo mas celoso de su libertad, ni autoridad real mas cercenada por los derechos y franquicias populares.

Como si fuesen pocas estas contrariedades que al gran rey don Pedro se le suscitaban dentro de sus dominios y por sus propios súbditos para mortificarle y detener el vuelo á los ímpetus de su animoso corazón, vínole de fuera otra, que por su carácter y precedencia era la mayor de todas. Su incansable enemigo el papa Martín IV., que no le perdonaba nunca la ocupacion de la Sicilia, no contento con haberle

excomulgado y privado del reino, y en virtud de la facultad de disponer de sus dominios que en la sentencia de deposicion se habia reservado, ofreció la investidura de los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia al rey Felipe de Francia para cualquiera de sus hijos que no fuese el primogénito, haciéndole donacion de ellos en nombre de la Iglesia, para que los poseyese perpétuamente por sí y por sus sucesores como legítimo rey y señor de ellos, estableciendo el orden y las condiciones de sucesion, facultando al monarca francés para que con el favor de la Iglesia y por la fuerza de las armas hiciera á don Pedro de Aragon evacuar el territorio de los que por sentencia pontificia habian dejado de ser sus estados, y dándole para ello por tres años las décimas de todas las rentas eclesiásticas del reino. Aceptado, despues de algunos reparos, por el rey de Francia el ofrecimiento, fué elegido para rey de Aragon su hijo Carlos de Valois, de acuerdo con el legado pontificio encargado de la negociacion, el cual en señal de investidura puso sobre la cabeza de Carlos su sombrero de cardenal, de cuyo acto y de no haber llegado á reinar fué comunmente llamado *Rey del chapéo* (1). Y comenzó el

(1) Cuenta Muntaner que en esta ceremonia le dijo á Carlos su hermano mayor Felipe (el llamado despues el *Hermoso*): «Y bien, hermano, ¿con que te haces llamar rey de Aragon?—Ciertamente que si, contestó Carlos, como que soy realmente rey de Aragon.—En verdad que sí, replicó Felipe: eres rey, rey del sombrero, hechura del cardenal: (*roi du chapeau de la fazon du cardinal*).»

jóven Carlos, de edad de 15 años entonces, á usar del sello de Aragon con la leyenda: *Carlos, rey de Aragon y de Valencia, conde de Barcelona, hijo del rey de Francia* (1). La guerra contra Aragon quedó resuelta, y el papa ¡cosa inaudita! concedió indulgencia plenaria á todos los que personalmente asistiesen ó de cualquier modo ayudasen á aquella guerra contra un rey y un reino cristiano, de la misma manera que se concedia á los que iban á la conquista de la Tierra Santa y á pelear contra infieles. En vano se esforzaba el rey don Pedro en demostrar al pontífice lo injusto de sus sentencias suplicándole las revocase, y los primeros embajadores que para esto envió fueron detenidos y presos por el rey de Francia.

Para que fuese mas apurada su situacion mientras el monarca aragonés sitiaba y combatia la ciudad de Albarracin para hacerla entrar en su obediencia, los de la Union reunidos en Zaragoza le enviaban nuevas instancias diciéndole que se apresurase á repararles los agravios generales y particulares, con

(1) Las condiciones con que el de Valois recibia el reino eran en general tan en provecho de la Santa Sede como humillantes al rey. Obligábase éste á conservar á sus nuevos súbditos sus fueros y libertades en todo lo que no fuese contrario á los sagrados cánones y á los derechos de la Iglesia: á no hacer paz ni tregua con don Pedro de Aragon ni con sus hijos sin consentimiento de la silla romana: á hacer al papa y á sus sucesores reconocimiento y juramento de fi-

delidad y homenaje; y á pagar á la silla pontificia un tributo anual de quinientas libras tornesas: si á falta de sucesores directos la corona de Aragon pasaba á un príncipe no católico, ó no devoto de la Santa Sede, tendria esta la administracion del reino durante la vida de dicho príncipe: la corona de Aragon no podia reunirse nunca en una misma cabeza con la de Francia, Inglaterra ni Castilla, en cuyo caso volvía á ser de la Iglesia, etc.

arreglo al Privilegio general, que cumpliese lo que habia prometido, que revocase lo del fuero particular de Valencia, que repusiese al Justicia de Aragon á quien sin causa suficiente habia suspendido de oficio, que les restituyese los bienes de que su padre los habia despojado, con otras varias peticiones, acordando otra vez y haciendo jurar á las villas y lugares que nadie iria en hueste al servicio del rey hasta que todos los capítulos les fuesen cumplidos. El rey tuvo que acceder á todo jurándolo y confirmándolo con el infante don Alfonso, y suplicando á los de la Union que pues todo lo otorgaba y cumplia tuviesen á bien no embarazarle en el servicio que tanto necesitaba para defender su reino contra los estrangeros que le amenazaban.

Agolpábanse de una manera prodigiosa los sucesos. El almirante Roger de Lauria ganaba para el rey de Aragon en los mares de Nápoles y de Sicilia los triunfos que antes hemos referido; pero la Francia hacia formidables aprestos de guerra. Carlos de Valois recibia la investidura del reino de Aragon, y su hermano Felipe, el primogénito de Felipe III. el Atrevido, tomaba posesion del de Navarra, enlazado ya con la princesa doña Juana, la hija del segundo Enrique. El rey de Castilla don Alfonso el Sábio habia muerto, y empuñaba el cetro castellano su hijo don Sancho el IV. El rey de Aragon, destronado por el papa, amenazado de los estraños por Navarra y Cataluña, y deservido

por los suyos en su propio reino, volvía los ojos á todas partes en busca de aliados. El de Castilla, con quien se vió cerca de Soria (en Ciria), prometió ayudarle con su persona contra la Francia: el emperador Rodolfo de Alemania, á quien representó para traerle á su amistad el derecho que sus hijos tenían al ducado de Saboya, ofreció que pasaria como aliado suyo á Italia, para reclamar tambien la corona del imperio que le negaban los papas. Eduardo de Inglaterra, á quien igualmente se dirigió el aragonés, no se atrevió á romper con Francia y permaneció neutral. Esto no impidió al animoso don Pedro para que, rendida y tomada Albarracin, hiciera con huestes de Valencia una atrevida incursion en Navarra, talando y quemando lugares y campiñas, de donde volvió, hecho grande estrago á Zaragoza. Mas los ricos-hombres y caballeros de su reino ni desistian de sus pretensiones ni le dejaban reposar. Congregados los de la Union primero en Zaragoza, despues en Huesca y luego en Zuera, no pararon hasta lograr que el Justicia de Aragon fallára y sentenciára como juez entre el rey y los querellantes. Estos demandaban, el monarca respondia y el Justicia sentenciaba, absolviendo ó condenando al rey, concediendo ó negando á los querellantes, segun le parecia que era de justicia y de fuero. Concedióse otra vez á los de Valencia ser juzgados á fuero de Aragon, y un caballero aragonés se puso por Justicia general de aquel reino.

Cuando con tales embarazos y dificultades luchaba el gran rey don Pedro, la Francia toda se habia puesto en movimiento para la guerra contra Aragon con un aparato imponente y desusado. Habíase hecho acudir todas las naves de Nápoles y la Pulla á los puertos de Francia y de Provenza, y hallábanse aparejadas ciento y cuarenta galeras, con sesenta táridas y varias otras embarcaciones, con gente de Francia, de Provenza, de Génova, de Pisa, de Lombardía y de los Estados de la Iglesia. Constaba el ejército de tierra de ciento y cincuenta mil hombres de á pie, diez y siete mil ballesteros y diez y ocho mil seiscientos caballeros de parage. A la voz del legado del papa, que con un fervor muy plausible si la causa hubiera sido mas justa, habia predicado una cruzada como si fuese para una guerra contra infieles, acudian peregrinos de ambos sexos de todas las naciones, franceses, lombardos, flamencos, borgoñones, alemanes, ingleses y gascones, á ganar las indulgencias, incorporándose al ejército hasta cincuenta mil de estos devotos, armados de bordones y de rosarios. El rey de Francia Felipe el Atrevido sacó de la iglesia de Saint-Denis con gran ceremonia el oriflama (que asi llamaban ellos al estandarte real), y púsose en marcha para Tolosa, punto de la reunion general, para entrar por el Rosellon (abril, 1285).

Acababa de hacer crítica la situacion del rey don Pedro la connivencia en que supo estaba con el mo-

marca francés el rey de Mallorca don Jaime su hermano, á quien pertenecía el Rosellon, punto por donde las tropas francesas habian de pasar para entrar en Cataluña. Nunca amigo don Jaime, y siempre envidioso de su hermano, aun en vida de su padre, guardábale el resentimiento del feudo que le habia obligado á reconocer antes de su expedicion á Africa y Sicilia, y halagaba por otra parte su ambición la escritura que el rey de Francia le habia hecho de darle el reino de Valencia si le ayudaba con todo su poder á la conquista de Cataluña. Convencióse don Pedro de la mala voluntad de su hermano por diferentes pruebas que de ella hizo. Otro que no hubiera sido el conquistador de Sicilia se hubiera abatido al ver conjurados contra sí tantos elementos. El imperturbable aragonés con heroica resolucion se determinó á dar un atrevido y enérgico golpe de mano. Don Pedro, tomando consigo unos pocos caballeros de su confianza con algunas compañías escogidas de á caballo, parte de Lérida, atraviesa el Ampurdan, penetra en el Rosellon, y andando de día y de noche cauta y sigilosamente, por montes y desusadas veredas, llega sin ser sentido á las puertas de Perpiñan, donde se hallaba el rey don Jaime su hermano, entra en la ciudad, donde es recibido con alegría y aplauso, apoderase del castillo en que moraba don Jaime, deja guardas en él no queriendo ver á su hermano que se encontraba algo enfermo, pasa á tomar las casas del

Templo, donde aquel tenia sus alhajas y sus tesoros, y enviándole dos de sus caballeros obliga á don Jaime á que en virtud del homenaje que le debia le haga entrega de todas las fuerzas y castillos del Rosellon para defenderse en ellos y ampararse contra sus enemigos. Hecho esto, temeroso don Jaime de que su hermano quisiera prenderle, escápase de noche de la fortaleza por una mina que salia lejos de Perpiñan, dejando á merced de don Pedro su esposa y cuatro hijos. La reina y la infanta fueron generosamente devueltas á don Jaime, escoltadas por algunos barones catalanes sus deudos: los tres hijos los llevó consigo don Pedro en rehenes (4). Dado este golpe, y no conviniéndole á don Pedro permanecer en Perpiñan, volvióse á Cataluña por la Junquera.

El ejército francés avanzó hácia el Rosellon entrando por la montaña y camino de Salces. Marchaba delante una muchedumbre de cerca de sesenta mil hombres, armados de palos y de piedras, gente menuda, forrageros, regateros y chalanes, á quienes se pagaba un tornés diario, escoltados por solo mil hombres de á caballo, y á quienes se enviaba los delanteros para que recibiesen los primeros golpes del enemigo. En el grueso del ejército, dividido en cinco cuerpos, venian el rey de Francia y sus dos

(4) Estos fueron alguntiempos los hizo conducir á Paris como despues rescatados por un caballero de Carasona, y llevados al rey de Mallorca su padre, el cual fianza de sus promesas al rey de Francia.

hijos Felipe y Carlos, que ambos se titulaban reyes de España, de Navarra el uno, de Aragon el otro; muchos principales barones y condes, y el cardenal legado con la bandera de San Pedro y seis mil soldados á sueldo de la Iglesia. Dirigiéronse los cruzados á Perpiñan en cuyo campo fué á reunírseles el fugado rey de Mallorca don Jaime con los caballeros de su casa y córte, el cual puso á disposicion del rey de Francia sus castillos del Rosellon. Negáronse no obstante á admitir las tropas francesas las ciudades de Perpiñan, Elna, Colibre y otras poblaciones del condado. Perpiñan fué entrada por sorpresa; Elna resistió con vigor muchos y fuertes ataques, pero tomada al fin por asalto, todos sus defensores fueron sin distincion de edad ni sexo pasados á cuchillo, sin que les valieran ni los lugares mas sagrados (25 de mayo); ejecucion horrible, á que por desgracia contribuyeron las exhortaciones fogosas del cardenal legado, que no cesaba de predicar que aquellas gentes habian menospreciado las órdenes de la santa madre iglesia, y eran auxiliares de un hombre excomulgado é impío (4). Fuése despues de esto derramando el ejército por todo el condado, y dudando el rey de Francia por dónde haria su entrada en Cataluña, resolvió al fin (4 de junio) tentar el paso por el collado

(4) Guill. de Naug. in Duchesne, Scrip. Rer. Franc. t. V.—Desclot. 441.—Chron. San Bert. en Don Martenne, tomo III.—Hist. de Languedoc.

de las Panizas, montaña situada entre el puerto de Rosas y Castellon de Ampurias.

Don Pedro de Aragon, despues de haber tomado cuantas medidas pudo para la defensa de las fronteras de Navarra, por donde en un principio creyó iba á acometer su reino el hijo mayor del monarca francés, sabiendo luego que todo el ejército enemigo se encaminaba á Cataluña, hizo un llamamiento general á todos los barones y caballeros catalanes y aragoneses para que acudiesen á la comun defensa y fuesen al condado de Ampurias donde le encontrarían. Apeló tambien en demanda de socorro al rey don Sancho de Castilla, recordándole el deudo que los ligaba y el compromiso y pacto de la amistad y alianza de Ciria. Pero el castellano, que ya habia sido requerido antes por el de Francia y en nombre de la Iglesia para que no favoreciese en aquella guerra al de Aragon, escusóse dando por motivo que necesitaba su gente para acudir á la Andalucía que el rey de Marruecos tenia amenazada. Los barones y ciudades de Cataluña y Aragon tampoco respondieron al llamamiento, y desamparado de todo el mundo el rey don Pedro, con solos algunos barones catalanes y algunas compañías del Ampurdan, sin abatirse su ánimo, confiado en Dios, en su propio valor, en la justicia de su causa, en que sus vasallos volverian en sí y le ayudarían, marchó resueltamente al Pirineo, decidido á disputar en las crestas de aquellas montañas y con

aquel puñado de hombres el paso de sus reinos al ejército mas formidable que en aquellas regiones desde los tiempos de Carlo-Magno se habia visto. Don Pedro reparte sus escasísimas fuerzas por las cumbres mas enriscadas de la sierra de Panizas y del Pertús y otros vecinos cerros; manda encender hogueras do quiera hubiese un solo montañés de los suyos para que apareciese que estaban todos los collados coronados de tropas; hace obstruir con peñascos y troncos de árboles la única angosta vereda por donde podian subir los hombres, y por espacio de tres semanas el rey de Aragon casi solo defendió la entrada de su reino contra las innumerables huestes del rey de Francia recogidas de casi todas las naciones de Europa en nombre del gefe de la Iglesia.

Un dia el legado del papa, despues de haber manifestado al monarca francés su admiracion y su impaciencia por aquella especie de tímida inaccion en que le veia, envió un mensaje al aragonés requiriéndole que dejase el paso desembarazado y entregase el señorío que la Iglesia habia dado á Carlos de Francia, rey de Aragon. «*Fácil cosa es, respondió muy dignamente el rey don Pedro, dar y aceptar reinos que nada han costado; mas como mis abuelos los ganaron á costa de su sangre, tened entendido que el que los quiera los habrá de comprar al mismo precio*» (1).» Entretanto el infante don Alfonso traba-

(1) Desclot, c. 444 y sig.

jaba activamente en Cataluña escitando á la gente del pais á que acudiese á la defensa de la tierra, y al toque de rebato ó somatén concurrían los catalanes armados, segun usage, y cada dia iba el rey recibiendo socorros y refuerzos de esta gente así allegada, con la cual y con los terribles almogavares, tan ágiles y tan prácticos en la guerra de montaña, hizo no poco daño al ejército enemigo hasta en sus propios reales. Cuando ocurría alguna de estas rápidas é impetuosas acometidas, el primogénito del monarca francés, que siempre habia mirado con disgusto la investidura del reino de Aragon dada á su hermano, á quien llamaba *Rey del chapéo*, solia decirle á Carlos: «*Y bien, hermano querido; ya ves cómo te tratan los habitantes de tu nuevo reino: á fé que te hacen una bella acogida!*» Y desde aquellos mismos riscos y encumbrados recuestos no dejaba el rey de Aragon de atender á los negocios y necesidades de otros puntos del reino, ya dando órdenes para la conveniente guarda de la frontera navarra, ya escitando el celo patriótico de los ricos-hombres, caballeros y universidades, ya mandando armar galeras y que viniesen otras de Sicilia para proveer por mar á lo que ocurriese, dando el gobierno de ellas á los diestros almirantes Ramon Marquet y Berenguel Mayol, ya haciendo él mismo escursiones arrojadas en que alguna vez se vió en inmediato peligro de caer en una asechanza y perder la vida, y lo que es mas singular y extraño,

bajo el pabellon de aquel rústico campamento recibia á los embajadores del rey musulman de Túnez Abu Hoffs, y firmaba con ellos un tratado de comercio mútuo por quince años, en que además se obligaba el sarraceno á pagarle el tributo que antes satisfacía á los reyes de Sicilia, con todos los atrasos que desde antes de las Vísperas Sicilianas debía á Cárlos de Anjou, cuyo pacto prometió el rey de Aragon que seria ratificado por la reina su esposa y por su hijo don Jaime, heredero del trono de Sicilia ⁽¹⁾.

Desesperados andaban ya el monarca francés y el legado pontificio, y descontentas y desalentadas sus tropas, sin saber unos y otros qué partido tomar, cuando se presentó el abad del monasterio de Argeléz, que otros dicen de San Pedro de Rosas, enviado por el rey de Mallorca al de Francia, dándole noticia de un sitio poco defendido y guardado por los aragoneses, y en que fácilmente se podia abrir un camino para el paso del ejército. Era el llamado coll, ó collado de la Manzana. Hizole reconocer el francés, y enviando luego mil hombres de á caballo, dos mil de á pie, y toda la gente del campamento que llevaba hachas, palas, picos y azadones, trabajaron con tal ahinco bajo la direccion del abad y de otros monges sus compañeros, que en cuatro dias quedó abierto un camino por el que podian pasar hasta carros cargados,

(1) Existe este documento original en el archivo de Aragon, reg. Petri III. lit. B. fol. 81.

Penetró, pues, el grande ejército de los cruzados por este sitio en el Ampurdan (del 20 al 23 de junio). Conoció el rey don Pedro el mal efecto y desánimo que este suceso podia producir en el pais y procuró remediarlo en cuanto podia con una actividad que rayaba en prodigio, recorriéndolo todo, queriendo hallarse á un tiempo en Peralada, en Figueras, en Castellon, en Gerona, en todas partes. El sistema que adoptó fué abandonar las posiciones que no podian defenderse, mandar á los habitantes que evacuaran las poblaciones abiertas y se retiráran á las asperezas de las montañas, y conceptrar la defensa á los lugares mas fuertes, á cuyo efecto despidió la gente y banderas de los concejos, quedándose solo con los ricos-hombres y caballeros y con los almogavares. El ejército francés se derramó por el interior del Ampurdan mientras su armada se posesionaba de los puertos de la costa desde Colibre hasta Blanes. Como se lamentase el rey de no poder defender la villa de Peralada y del daño que desde ella podian hacer los franceses en todo el Ampurdan, el vizconde de Rocaberti, que era señor de la villa, le respondió: «Dejad, señor, que yo proveeré de remedio, de modo que ni los enemigos la tomen, ni de ella pueda venir daño á la comarca.» Y marchando á ella con su gente, púsole fuego y la redujo á cenizas. Por tan heróica accion fué destruida la villa de Peralada, patria del cronista Muntaner, á quien debemos muchas de las noticias

de estos sucesos que en su tiempo pasaron. Castellon de Ampurias se entregó á los franceses luego que salió de allí el rey don Pedro, y el legado del papa daba con pueril solemnidad la posesion de la soberanía de Cataluña á Carlos de Valois en el castillo de Lerz. Don Pedro de Aragon se fijó en la fortificacion y defensa de Gerona, que encomendó al vizconde de Cardona, mandando salir de la plaza á todos los vecinos, y presidiándola con dos mil quinientos almogavares y sobre ciento y treinta caballos. El monarca francés Felipe el Atrevido procedió á poner sitio á Gerona, no sin haber hecho antes tentativas inútiles para ganar al vizconde y hacer que faltase á la fidelidad prometiéndole que lo haria el hombre mas rico que en España hubiese.

Por fortuna á la presencia de tan graves peligros convenciéronse al fin los aragoneses de la necesidad de acudir á la defensa de la tierra y de dar eficaz apoyo al soberano. Congregados los de la Union, ricos-hombres, mesnaderos, infanzones y proctradores de las villas y lugares del reino en la iglesia de San Salvador de Zaragoza, concordáronse y convinieron, aun aquellos que se tenian por mas desaforados y agraviados del rey, y á pesar de no haberse cumplido las sentencias dadas por el Justicia de Aragon en las córtes de Zuera, en suspender toda querella y reclamación y ayudar y servir al rey en aquella guerra (julio, 1285). Con los nuevos auxilios que los de la

Union le facilitaron fatigaba el rey don Pedro los enemigos con continuas acometidas y escaramuzas, siendo el primero en los peligros, sufriendo todas las privaciones como el último de sus soldados, aventajándose á todos en intrepidez, no descansando nunca y nunca desmintiendo que era digno hijo de don Jaime el Conquistador. Por su parte los atrevidos corsarios catalanes difundian el terror por la costa, asaltando y apresando las naves que de Marsella y otros puertos conducian bastimentos y vituallas á los franceses, mientras los almirantes de la pequeña escuadra catalana Marquet y Mayol embestian y destrozan por medio de una audaz y bien combinada maniobra veinticuatro galeras de la armada francesa que estaba entre Rosas y San Felfo, haciendo prisionero á su almirante. Los victoriosos marinos entraron en Barcelona haciendo justa ostentacion de su triunfo, que fué celebrado en la ciudad con públicos y brillantes festejos. En la parte de tierra, cerca de Gerona, un encuentro formal se habia empeñado entre dos cuerpos de españoles y franceses, en que el rey de Aragon metiéndose en lo mas recio y bravo de la Pelea hizo prodigios de valor, manejando la maza mejor que otro guerrero alguno de su tiempo, y matando por su mano entre otros al conde de Clairmont, al porta-estandarte de los franceses, y al conde de Nevers, que le habia arrojado una azcona montera con tanta furia que atravesó el arzon de la silla

de su caballo (15 de agosto). A pesar de esto, receloso el aragonés de verse envuelto por el grueso del ejército enemigo, retiróse con los suyos á la sierra, dejando el campo á los franceses que se aprovecharon de esta circunstancia para proclamar que habia sido suya la victoria.

No obstante esto, como viese el cardenal legado la tenaz resistencia del pais, con que sin duda no habia contado, «*Quiénes son, le preguntaba al rey de Francia, estos demonios que nos hacen tan cruda guerra?—Son, le respondió el rey Felipe, gentes las mas adictas á su señor; antes les cortariais la cabeza que consentir ellos en que el rey de Aragon pierda una pulgada de su reino; y aseguróos que vos y yo, por vuestro consejo, nos hemos metido en una empresa temeraria y loca.*»

El sitio de Gerona continuaba apretado y fuerte. A los impetuosos y recios ataques de los franceses respondia la bravura del de Cardona y sus almogavares. Cuando los sitiadores, por efecto de una mina que habian practicado, vieron desplomarse un lienzo de la muralla, encontráronse con un murallon que mas adentro habian levantado ya con admirable prevision y actividad los sitiados. Comenzaron estos á padecer grandes necesidades y miserias por la falta de bastimentos; pero en cambio se declaró en el campo enemigo, á consecuencia de los excesivos calores del estío, una epidemia que iba diezmando

grandemente no solo los soldados, sino tambien y aun mas especialmente á los barones y á la gente de mas cuenta. Tentaciones tuvo el monarca francés de alzar su real de Gerona, mas detúvole la esperanza de que el vizconde, á quien hizo intimar la rendicion, se daria á partido por la falta absoluta que padecia de provisiones. Pidióle el catalan el plazo de seis dias para deliberar con los suyos, y dando entretanto aviso al rey de Aragon consultándole sobre lo que deberia hacer en la estrechez en que se veía, y habiéndole respondido el monarca que hiciese tan honroso concierto como su situacion lo permitiera, pero reservándose el término de veinte dias dentro de los cuales procuria proveerles de víveres, asentóse entre el rey Felipe de Francia y el vizconde Ramon Folch de Cardona una tregua de veinte dias, pasados los cuales, si los sitiados no eran socorridos, se entregaria la ciudad, con mas otros seis dias de término para que la guarnicion y habitantes tuviesen tiempo de evacuar la plaza con su armas y sus haberes.

Una ingratitud tan inesperada como injustificable, y que produjo general sorpresa y escándalo, causó tambien en situacion tan crítica al rey don Pedro mas disgusto y pesadumbre que trastorno y daño. Aquel Alaymo de Lantini, en quien el rey habia tenido tanta confianza, que tanto habia contribuido á expulsar los franceses de Sicilia, y á quien el monarca aragonés habia hecho gran Justicier de aquel reino,